

cobran vida para siempre, siendo lavados de las manchas que tenian en el alma y en el cuerpo, causadas por el pecado; y por esto con razon se añade: para que todos los que en él creyeren no perezcan, sino que tengan vida eterna. Clara está la inteligencia de estas palabras, porque es muy cierto, que todos los que en Jesu-Christo creen, no solo son librados de las penas eternas, mas tambien son colocados en la gloria eterna; y así hallamos esta diferencia muy grande entre la figura y la verdad, que por la figura era alargada la vida temporal por algun poco de tiempo, y por Christo es dada la vida soberana sin fin. Mas debeis mirar con mucha atencion que lo que vuestro entendimiento en esta doctrina alcanza, tambien vuestras manos lo pongan por obra, porque esta confesion que hacemos de la Santa Fé Católica, acompañada de la guarda de los Mandamientos, nos podrá llevar á la bienaventuranza que nos es prometida; y por quanto lo que hemos hablado del Hijo de la Virgen que habia de ser ensalzado en la Cruz, como fué la serpiente en el desierto, no era razon que Nicodemus lo entendiese de que solo era el Hijo de la Virgen como puro hombre el que nos habia de dar la vida eterna: quiso el Señor alumbrar mas su entendimiento, y mostrarle que este mismo que era Hijo de la Virgen, era tambien Hijo de Dios, y Dios verdadero, y por esto se sigue: *porque amó Dios tanto al mundo, que dió su Hijo Unigénito, para que todos los que en él creyeren no perezcan, sino que tengan vida eterna.* v. 16. Y así habeis de notar, que hablando ahora del Unigénito Hijo de Dios, repite lo mismo que habia dicho del Hijo de la Virgen ensalzado de la Cruz, diciendo: para que todos los que en él creyeren no perezcan, sino que tengan vida eterna. Claro es que el mismo Señor y Redentor que fué sin principio Hijo de Dios, fué en tiempo hecho Hijo de la Virgen; y esto fué así, porque habiéndonos criado con el poder de su

divinidad para su gloria, era menester que con la flaqueza de nuestra humanidad viniese á socorrernos y remediar nuestra caída, para que cobrasemos la gloria que por nuestra culpa habiamos perdido. Debemos pues, muy amados hermanos míos, procurar con todas nuestras fuerzas reconocer merced tan grande al Padre Soberano, sirviéndole y amándole con todas las fuerzas de nuestra alma y de nuestro cuerpo, viendo quán grande fué el amor que nos tuvo, pues no dudó dar su Hijo Unigénito para nuestra redencion. Amemos asimismo al Hijo, el qual, siendo Dios verdadero, no dudó tomar forma de siervo, y hacerse hombre tan humilde que se humilló hasta recibir la muerte, y muerte de Cruz; y como dice el Apóstol San Juan nos amó y nos sanó de todos nuestros pecados en su sangre. Amemos tambien al Espíritu Santo, que procede de los dos, pues con su gracia y uncion fuimos unguidos el dia de nuestra redencion, y éste espira adonde él quiere, y adonde quiera que él espira luego enciende llama del amor de Dios: creamos con todo esto, que los tres, Padre, Hijo, y Espíritu Santo son un solo Dios verdadero, Dios nuestro y Señor nuestro: ensalzemos y glorifiquemos su santo nombre, que sin fin vive y reyna, Amen.



demos decir que ya hemos venido á ella, porque el glorioso Apóstol San Pablo esto nos enseñó quando dixo: nosotros somos aquellos en quienes ha venido la fin de los siglos. Pues si es llegada la hora de la cena quando somos llamados á ella, tanto ménos debemos excusarnos del convite del Señor, quanto mas cerca nos está la fin del mundo; y pues vemos que acabado el mundo ningún remedio nos queda, debemos valernos de este poco espacio, que para nuestro socorro nos es dado, como de una gran gracia que el Señor nos hace en darnoslo. Procuremos pues que no se pierda; y debéis notar, que llama Dios á este convite que hace, no comida, sino cena, porque despues del comer nos queda la cena, mas despues de cenar ningún convite nos queda. Y habiéndonos de poner este soberano convite en el fin de todas las cosas, justamente fué llamado cena, y no comida. El siervo que nos envia para que vamos á esta cena, sabed que no es otro sino la familia de los que predicán la palabra de Dios y la santa penitencia; y de ésta el dia de hoy soy yo uno, aunque indigno, y impedido con muchas ocupaciones de culpas, porque hablando, como ahora hablo, para vuestra edificacion hago este mismo oficio. No soy mas que un siervo del Soberano Padre de familias, y no es otra cosa aconsejaros al menosprecio del mundo, sino llamaros y convidaros á la cena del Señor. No menospreciéis el convite por ser yo tan poca cosa y tan vil: pensad, que aunque sea yo tan indigno pecador, las cosas á que yo os convidó, son muy grandes y de precio inestimable. Acaece muchas veces, muy amados hermanos míos, que un gran Señor envia un mensagero de baxa condicion con sus mandados y negocios á personas de importancia; y aquellos pensando en la grandeza del Señor, de cuya parte viene la embaxada, no se alteran por la baxeza del mensagero, y no piensan quién es aquel que les habla, sino quién es el que les envia

via la embaxada. Así me parece, hermanos míos, así me parece que lo debéis hacer; y si por ventura teneis razon de menospreciarme á mí que os hablo, acordaos en vuestra alma de la reverencia que se debe al Señor, de cuya parte os hablo: tened por bien ser convidados del gran Padre de familias: obedeced con amor á su llamamiento: exáminad vuestros corazones, y lanzad de ellos toda manera de frialdad en amar á Dios; y para que mejor lo podais hacer acordaos que en esta cena ya está todo á punto: verdad es que si vuestros afectos son carnales, por ventura buscareis manjares carnales; mas para remedio de este estorbo, acordaos de que los manjares carnales os son convertidos en espirituales para despertar vuestro apetito: aquel cordero carnal que solíades comer, se os ha convertido en cordero espiritual y sin mancilla. Siento el ver que muchos hacen lo que en el Santo Evangelio se sigue: *y comenzáron todos á excusarse.* v. 18. El Señor nos ofrece, lo que con muchos ruegos le habiamos de suplicar: quiere, sin que le roguemos, darnos lo que era razon que esperásemos alcanzar con gran dificultad: notifica á los que lo menosprecian, que les quiere dar las consolaciones y riquezas soberanas que les tiene aparejadas, y todos se excusan por no ir á gozarlas. Pongamos de ante de nuestros ojos, hermanos míos, las cosas mas baxas y ligeras de entenderse, para que por ellas vengamos á entender las mayores. Si por ventura un gran Señor convidase á un hombre pobre para que fuese á comer con él, decidme hermanos, decid por amor de mí, ¿qué haria el pobre hombre convidado? por cierto creo que se alegraria con verse convidado por aquel Señor, responderia con alegre humildad que era muy contento de ir al convite: mudaria la ropa en otra mejor, y pondria por obra acudir luego á la casa del Señor: con temor de que no se atravesase alguno otro en el convite, y le tomase el lugar. Convidando pues un hom-

bre rico, procura el pobre ir lo mas presto que puede; y siendo convidados por Dios al convite de la gloria eterna, rehusamos ir, y buscamos excusas para no asistir al convite. Mas bien se me representa lo que ahora os dicen vuestros corazones: oyendo esto cada uno dirá: yo no me quiero excusar, sino que quiero ir á este glorioso convite, y tengo á gran ventura ser llamado, y con mucha alegría quiero ir á él. Todo esto direis, y lo hareis si vuestros corazones estan puestos en Dios: si aman mas las cosas del cielo que las de la tierra; mas si es lo contrario, dirán lo que en el Santo Evangelio se sigue: *dixo el primero: yo he comprado una heredad, tengo necesidad de ir á ver: yo te ruego que me tengas por excusado. v. 18.* No entendemos por la villa ó heredad sino la substancia ó hacienda terrena; y así decimos que se excusan con ir á ver la heredad todos los que ocupados en juntar bienes de fortuna se olvidan de Dios, y de la salud de sus almas. Prosigue: *otro dixo: he comprado cinco yuntas de bueyes, yo me voy á probar qué tales son: ruégote me tengas por excusado. v. 19.* Por las cinco yuntas de bueyes no entendemos otra cosa sino los cinco sentidos corporales; y á estos con razon los llamamos cinco yuntas de bueyes, porque cada uno de ellos es doble, y porque estos sentidos corporales no gustan cosa alguna espiritual ni la sienten, ocupados en solas estas cosas de la tierra: todo su oficio es curiosidad mundana, cuya ocupacion es exâminar vidas ajenas, nunca pensar en el alma que los gobierna, estando siempre atentos á las cosas exteriores. Muy pesado es, y mas peligroso de lo que pensáis, el pecado de la curiosidad, porque siempre os lleva el alma á pensar en la vida del otro, y procura que os olvidéis de la salud de vuestra alma: de tal manera, que sabiendo las cosas de los otros, ninguna cosa sepais de las vuestras; y es tal el alma del hombre curioso, que quanto mas sabe de las vidas ajenas, tanto ménos sabe

de la suya; y por esta razon el de las cinco yuntas de bueyes dice: yo voy á probar qué tales son, ruégote que me tengas por excusado. En las mismas palabras con que se excusa este siervo, se acusa, y descubre su mal diciendo, quiero ir á probarlos; porque este probar suele ser cosa de curiosidad. Debeis notar, que el que compró la heredad, y el que compró las cinco yuntas de bueyes, cada uno responde al siervo del Señor con palabras corteses diciendo: ruégote que me tengas por excusado; mas diciendo ruégote, que es palabra de humildad, y añadiendo, y no puedo ir, hallamos que hay humildad en las palabras, y soberbia en las obras; y muchos malos hay que oyendo esta respuesta la condenan por muy mala: y al que la dió por mal siervo; y condenándola, no dexan ellos de hacer lo mismo: y esto lo vemos claro, porque siempre que nosotros hablamos con algun pecador y le decimos, conviértete, sirve á Dios, dexa el mundo, todo esto no es otra cosa sino llamarle á la cena del Señor; mas si el tal nos responde: padre, rogad á Dios por mí, que yo estoy ya tan hecho á este vicio, que no le puedo dexar, no es otra cosa, sino excusarse cortesmente, y junto con eso, decir que no quiere venir. Y diciendo de palabra: yo soy pecador, rogad á Dios por mí, muestra humildad en las palabras; pero diciendo, no puedo venir, muestra soberbia en la obra. Excúsase rogando y dando muestras de humilde, siendo en la verdad, como es, soberbio en lo que hace. Prosigue: *y otro dixo: yo he tomado muger, no puedo venir. v. 20.* No entendamos aquí otra cosa por la muger, sino el vicio de la carne: porque aunque el matrimonio sea cosa buena, y ordenado por Dios para multiplicacion del mundo: muchos lo toman, no por criar hijos, sino por cumplir con el apetito carnal que los mueve; y por esto no es inconveniente, que por una cosa justa se denote otra que no es justa. Convidanos pues el So-

berano Padre de familias á su cena y convite eterno; mas unos con la avaricia, otros con los vicios de la carne, otros dados á curiosidades mundanas, en fin todos los malos, cada uno con su vicio, se excusan, y no se halla quien quiera ir al convite. Prosigue: *vuelto el siervo contó á su Señor todo lo que pasaba, y el Padre de familias muy enojado dixo al siervo: ve luego por las plazas y calles de la ciudad, y recoge los pobres, flacos, ciegos, y coxos, y entren acá en el convite.* v. 21. Ved aquí que los que estan dedicados á juntar bienes de fortuna mas de lo que es razon, rehusan venir á la cena del Señor: los que estan ocupados en curiosidades vanas de juzgar vidas ajenas tienen hastío de venir á comer las viandas de vida, que les estan aparejadas: el que es dado á servir á los deseos carnales, menosprecia los manjares del convite espiritual. Visto pues por el Padre de familias, que todos los soberbios rehusan venir á su convite, hace eleccion de los pobres; y si preguntais, ¿por qué se hace así? os diré, que conforme á la doctrina del glorioso Apóstol San Pablo, el Señor hizo eleccion de las cosas flacas y baxas del mundo para confundir las altas y fuertes. Con todo esto será bien que notemos, qué gente son los llamados que vienen á la cena del Señor: dice el Santo Evangelio, que son pobres y flacos, y estos son los que en su pensamiento y deseo son tales, porque los que en el corazon tienen soberbia, aunque en la verdad sean pobres, en la hacienda los contamos por fuertes, y no dignos de venir al convite. Ciegos son los que no tienen claridad alguna de buena intencion; y coxos son los que no van en las obras con la rectitud que deben. Señalando pues los defectos espirituales de estos en los miembros corporales, nos da á entender el Santo Evangelio, que los que fuéron primero llamados, y no viniéron, eran pecadores: y tambien estos que ahora son llamados, son pecadores, y vienen; pero hay grande diferen-

cia

cia de los unos á los otros: los unos son pecadores humildes, y estos son aceptados; y los otros pecadores soberbios, y estos son despedidos. Dios escoge para sí los que el mundo menosprecia, porque muchas veces el pecador, viéndose menospreciado, viene á reconocerse y enmendarse. Esto nos muestra el Santo Evangelio en aquel mancebo que se fué de casa de su padre, y gastó, viviendo viciosamente, la parte de la hacienda que habia tomado para sí, y quando se vió pobre y menospreciado, y llegó á sufrir mucha hambre, volvió en sí, y dixo: ¡ó cuántos jornaleros en casa de mi padre abundan de panes! Este quando estaba en pecado, estaba muy apartado de sí, y si no llegara á sentir hambre, no volviera jamas en sí; pero faltándole las cosas temporales, vino en conocimiento de que habia perdido las espirituales. Decimos pues, que son llamados los pobres, y flacos, y ciegos, y vienen al convite: porque muchos hay en el mundo, que con las adversidades y trabajos no tienen ya disposicion de darse á los placeres, y así vienen mas presto, y mejor al conocimiento de Dios. Exemplo de esto tenemos en la Sagrada Escritura en el libro primero de los Reyes: pues un mozo natural de Egipto, yendo en servicio de los Amalecitas, para hacer guerra á los Judíos, y robar su tierra, fué dexado en el campo enfermo, porque no podia seguir la hueste, y fué hallado por la gente del Rey David, que iban en seguimiento de todos ellos; y hallado el mozo flaco y tan cansado, que habia tres dias que ni habia comido ni bebido, le tomaron y curáron tan bien, que brevemente tornó en sí, y el Rey David le hizo su Capitan, y él guió á David con su hueste, para que fuesen adonde estaba el ejército de los Amalecitas reposando, comiendo, y bebiendo, con toda la presa que llevaban; y este mancebo, que ellos habian dexado flaco y coxo en el camino, despues sirvió á David para desbaratar el campo de los Amalecitas; y matando la ma-

y or

yor parte de ellos, cobraron toda la presa que habian tomado de los Judíos. Amalecita, quiere decir, pueblo que lame: pues sabed que por el pueblo que lame son denotadas las almas de los hombres dados al siglo, los que poniendo todo su deleyte y placer en las cosas del mundo, parecè que las van lamiendo. Y la presa de los Amalecitas denota los tales mundanos, que en solo allegar bienes estan atentos, robando y despojando sus próximos. Y decimos que es dexado en el camino el mozo de Egipto enfermo, quando alguno de los mundanos comienza á enmendarse, y como hombre que ya está flaco en los vicios en que solia estar fuerte, los otros viciosos y mundanos le desamparan y dexan como á hombre que ya no se conforma como solia con ellos. Este tal es hallado y remediado por David: porque el Señor, que es el verdadero David, y tiene la mano fuerte, y él le da de comer y beber, le vuelve de tal manera con su gracia á la fuerza de su amor, que le hace su Capitan contra los enemigos: de estos saca el Señor á veces predicadores, que peleen en su servicio contra los vicios del mundo; y quando estos predicadores convierten algun pecador, poniendo á Jesu-Christo dentro de su alma, decimos que traen á David sobre los Amalecitas, que estan descuidados comiendo y bebiendo, y con el cuchillo de David, que es la palabra de Dios, degüellan los enemigos que son los pecados. Dirémos pues, que el mozo de Egipto, que habia quedado enfermo en el camino, mata los Amalecitas, quando algun malo que no es tan rico, y tan poderoso como los otros malos, como hombre flaco en las fuerzas para seguir los vicios, se convierte á Dios, y haciéndose fuerte en las virtudes y amor de Dios, viene despues á matar los vicios de los otros, y los convierte á Dios. Pero veamos, ¿qué se siguió despues que los pobres fueron traidores á la cena? Prosigue: *Señor, ya está hecho como lo mandaste, y aun hay lugar para mas.*

v. 22. Muchos de esta condicion, que habeis oido, fueron traidos á la cena del Señor del pueblo de los Judíos: pero no bastaron para llenar el gran espacio y lugar que habia en el soberano convite. Y siendo ya aposentados y puestos á la mesa el número de los Judíos que al Señor viniéron, queda un grande espacio vacío, donde se aposente la multitud maravillosa de la gentilidad que se ha de convertir, y conforme á esta consideracion se sigue: *sal por esos caminos, campos, y sotos, y fuérzalos á que entren hasta tanto que mi casa esté llena.* v. 23. Quando el Señor manda llamar gente de las calles, y plazas para que vengan á su cena, nos da á entender el pueblo Judaico, que no se contentó de guardar la ley en aquella conversacion urbana en que vivian. Pero quando manda que sean recogidos sus convidados, y buscados por los campos y sotos, entendemos sin duda aquel pueblo Gentil, rústico, criado sin doctrina, del qual habló el Real Profeta David quando dixo: entónçes se alegrarán todos los árboles de las montañas delante de la cara del Señor, porque vino. Los Gentiles son llamados árboles, ó maderos de la montaña, porque hasta la venida del Señor siempre fueron torcidos, y sin fruto; pero siendo convertidos de aquella vida y costumbres rústicas, y salvages en que vivian, á ser tales que mereciesen asentarse á la mesa del Señor, podemos decir que fueron llamados de los sotos. Sobretudo habeis de notar, que en esta tercera vez que el Señor manda llamar convidados, no dice: convidalos á que vengan, sino fuérzalos á que entren al convite: hallamos que unos son llamados, y con sus excusas menosprecian venir: otros son llamados para que vengan, y vienen. De otros vemos que no les dicen que vengan, sino que por fuerza los hacen entrar. Son llamados al convite, y menosprecian venir aquellos, á quienes Dios da entendimiento, y algunas santas inspiraciones; pero afloxando en las obras, no siguen á Dios, ni vienen